

Réplícas

Nota acerca de una nota *Jorge Basadre*

La reseña de César Pacheco Vélez sobre el libro *Conversaciones Jorge Basadre-Pablo Macera* a la que se refiere la presente nota aclaratoria apareció en el número 3 de esta revista, páginas 170-177. (N. del E.)

Tengo una vieja deuda de gratitud con César Pacheco Vélez. El mismo recuerda, en la nota bibliográfica que el número 3 de *Apuntes* incluye, cómo se ha ocupado varias veces de mi obra y cuántas anotaciones ha hecho de los números de las revistas donde aparecieron, hasta en forma de bocetos o esquemas preliminares y dispersos, algunos apuntes de mis memorias. Lamento, sin embargo, que, en contraste con tan acucioso interés por dichos baluceos, olvide esta vez *El Conde de Lentos y su tiempo*, el primero de los tres libros dedicados a este personaje, como que fue escrito en España entre 1932 y 1935 y varios de sus capítulos aparecieron en la revista *Letras* de Lima en 1935; ensayo ansioso de escapar de una "historia de España en el Perú" y preocupado por evocar, sin vasallaje y sin maleza erudita, el cuadro bullente de la sociedad del Virreinato en aquella época, según expresó Fernand Braudel. Además, hace caso omiso de *Historia del Derecho Peruano*, obra que recibió el espaldarazo de Rafael Altamira, hoy arrinconada por la revolución invívita en las nuevas fuentes y en los nuevos métodos; pero que, en pleno fervor romántico inca, exhibió el despotismo del Imperio desde el ángulo, no tocado antes, de las instituciones jurídicas y señaló

la enorme importancia, actualmente ratificada, de las vivencias pre-incas en el Tahuantinsuyo. Al mismo tiempo, prescinde ahora de contribuciones más recientes, entre ellas *Los fundamentos de la historia del Derecho* (1956 y 1967) donde hay una extensa sección teórica y otra de carácter metodológico para buscar luego la inserción de nuestro sistema jurídico dentro del vasto campo del Derecho Comparado. Asimismo, Pacheco omite mi tenaz preocupación por la técnica de la historiografía actual, materia que ocupa buen número de páginas en el prólogo de *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú* y en la nota que antecede, en la misma obra, a la guía de trabajos sobre historia económica.

Tarea muy desagradable es la de aclarar algunos de los conceptos emitidos en la nota bibliográfica antedicha; y más aún porque ellos aparecen junto a elogios, sin duda alguna hiperbólicos, acerca de mi persona y de mi labor. Voy a cumplir con este deber lo más concisamente posible.

Pacheco revive y esgrime el juicio según el cual en la *Historia de la República del Perú* (y, por lo tanto, en su indispensable complemento *Introducción a las bases documentales...*), hay una "total ausencia de una

teoría que formalice y explicita sus hallazgos"; y hasta se toma la libertad de anunciar que en el nonato libro *La vida y la historia* ofrecerá pruebas de descargo este acusado. En apariencia, cede ante quienes arguyen peyorativamente que se trata aquí sólo de una historia narrativa. No recuerda, por desgracia, las consideraciones expuestas en las "Reflexiones finales" de *Introducción a las bases documentales...* y tituladas "Nota sobre la erudición y la historia" y "Breve alegato en favor de una historia perspectivista y de una historia libre" (v. II, pp. 1056-1061).

Por cierto que tenía que empezarse a arar en aquel campo, apenas desbrozado antes, para abrir vías iniciales —toda mi obra no es sino eso: apertura y siembra— en lo que antes era, en gran parte, selva impenetrable. Sin embargo, quienes se quedan en tan simplista interpretación no han entendido los libros mencionados o se han limitado a hojear las cuatro primeras ediciones de *Historia de la República del Perú*; (Ellas son seis, las dos últimas de 1962 y de 1968-69). Como en las anteriores predomina la historia política, a la fascinación por ella cabe atribuir el interés de Pacheco por lo que él llama mi aporte al "mito de Castilla"; cuando fue y es notoria mi total prescindencia durante la alharaca institucional y retórica que, hace algún tiempo, surgió alrededor del caudillo tarapaqueño y que plasmó al fin un símbolo en el horrible monumento de la antigua Plaza Unión. Durante la conversación con Macera, esta actitud se halla expresada en la cita de una frase de Edmund Wilson: lo peor que le ocurrió a Lincoln no fue su asesinato sino que Cari Sandburg escribiera su biografía...

No voy a glosar aquí a quienes, como Raymond Aron niegan la razón lógica o epistemológica, que tiene la escuela de la revista *Annales* (ella no es un órgano marxista), según la cual el conocimiento histórico de los fenómenos históricos y sociales presenta un carácter más científico que el de los regímenes políticos y las revoluciones (1). Tampoco desarrollaré la heterodoxa tesis planteada por Paul Veyne (*Comment on écrit l'histoire*, -París, Seuil, 1971) en el sentido de que el acontecien-

to forma parte de un "itinerario" o "intriga" y de que es útil rastrearlo no con la actitud del coleccionista de estampillas de correos sino para que los historiadores planteen las cuestiones (*topoi*) que ubican las cosas en serie, en su sitio, ya que los hechos no valen en cuanto pueden ser pintorescos o generan retórica sino por su significado y tienen sus ligámenes que los llevan a lo que son o a lo que fueron. Jacques Julliard ha señalado, no hace mucho tiempo, cómo ha sido injusto el repudio absoluto o total a la historia política que, en su esencia, no es sino un estudio del poder y su reparto, o un análisis de la intervención voluntaria o inconsciente de los hombres en los dominios en los que se juegan sus destinos, materia jamás desprovista de vida y de interés si es estudiada con amor y conocimiento. El mismo autor recuerda que un fenómeno típicamente contemporáneo, el tránsito de la economía cuyas bases fueron los mecanismos del mercado, la iniciativa del empresario y la ley del provecho particular, a una economía planificada o funcionalmente controlada implica la decisiva influencia de factores políticos con desmedro de modelos tradicionales (2).

De otro lado, se ha hecho notar en estos días cómo, a través de la agresividad de los más divulgados medios de comunicación (radio, televisión, periodismo de masas) nuestra generación se enfrenta, más que ninguna otra, a la "monstruosidad del acontecimiento", al surgimiento cotidiano del hecho maravilloso, visible para todos, que acompaña a la "democratización de la historia" (3). El acontecimiento, a su vez, proyectado en el tiempo, no es siempre un grano de arena perdido en la infraestructura; también puede ser *productor* de estructura (4).

Por lo demás, interesa señalar que si la historia política tradicional se limita a la breve duración, como si un gimnasta hiciese, por ejemplo, una carrera de diez metros, la *Historia de la República* entra de hecho en el "tiempo largo" ya que enfoca más de ciento diez años. Lejos de quedarse en un ámbito elitista registra movimientos o conmociones populares y hasta lo que actualmente llámase "furores campesinos"; y, así,

al lado de señorones, redescubre figuras mesiánicas o milenaristas como Juan Bustamante en Azángaro y Atusparia en Huaraz. También desfilan por sus páginas exploradores, sacerdotes, educadores (en el nivel de las Universidades, los colegios y las escuelas), literatos, artistas, industriales, mineros, agricultores, obreros incluyendo los héroes de nuestro anarcosindicalismo. Con un rango principal figuran los indios y se registra su aporte en el servicio militar, en las guerras civiles, en la vida económica del país, en el desarrollo del neo-latifundismo republicano, en el arte folklórico. Alguna vez, en 1962, por la televisión, Pablo de Madalengoitia me preguntó, sin que nuestra entrevista tuviese arreglo previo, cuál era el personaje más importante de este libro y contesté: "El pueblo peruano". Y, por cierto, en diversas oportunidades exhumo el cancionero anónimo.

Aun dentro de sus deficientes versiones iniciales, la *Historia de la República* no se limitó a la enumeración de fechas y de nombres y fue al rastreo de las ideas cuyo exponente estuvo en las sucesivas Constituciones o proyectos constitucionales. Y fue en ese campo donde, desde temprano, se produjo la invasión de los plagarios, a veces considerados en el extranjero como autores de puntos de vista que ellos no hicieron sino copiar. Algo semejante ocurrió en otros terrenos. Acabo de leer en la *Historia diplomática de Chile* por Marcos Barros Van Buren (Barcelona, Ediciones Ariel, 1970, p. 438), un juicio sobre la situación del Perú después de la guerra del Pacífico con la cita de un manual de nuestra propia historia que copia fotográficamente lo que dice *Historia de la República del Perú* en el v. IX, (6- edición) sin mencionarla.

Quiere decir, en suma, que, a pesar de todo, en su estado primario, dicha obra a alguna necesidad sirvió, alguna misión cumplió.

A propósito de aquella guerra, la nota de Pacheco Vélez no es feliz cuando afirma que eludo la acusación sobre la ingerencia de Gran Bretaña, no la del gobierno de la reina Victoria sino la de los intereses comerciales en el cono sur del Pacífico sudamericano. El mismo, como director de

Mercurio Peruano, acogió la carta en la que rectificué sobre este punto a Emilio Castañón Pasquel con los Xerox de las páginas 29 a 32 de *Historia de la República del Perú*, v. VIII, donde aparecen nueve argumentos contra la tesis negativista del profesor escocés V. G. Kieman y se alude a la campaña anti-peruana del diario *The Times* y otros de Londres. Desde el gobierno de Manuel Pardo nuestro país había nacionalizado o estatizado las ricas salitreras de Tarapacá. Muy cerca de ellas hallábase su único rival en el mundo: las salitreras del litoral boliviano de Antofagasta en las que regía el sistema de la libre empresa, usufructuado ampliamente por el capital inglés-chileno. Por eso, el editorial del 10 de mayo de 1879 en aquel gran órgano de prensa londinense afirmó que los intereses británicos estaban directamente comprometidos cuando Bolivia pretendió crear un impuesto de exportación y Chile se opuso; y hasta afirmó que esta República tenía un legítimo *casus belli*.

En los días en que, gracias a Pacheco, refuté en *Mercurio Peruano* a Castañón Pasquel, no se había editado aún mi *Introducción a las bases documentales*... En este libro aparece (v. II, p. 439) la lista de los accionistas de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, explotadora de dicha zona y contra la cual tomó bruscas y hostiles medidas el Presidente de Bolivia Hilarion Daza, antecedente inmediato de la conflagración de 1879. Léense los nombres de Guillermo Gibbs y Cía., principal accionista, de tres miembros del gabinete chileno que declaró la guerra a nuestro país, de otros personajes de la República del Sur, así como de otros súbditos británicos. Tuvo, por eso, razón Daza cuando escribió en una carta al Prefecto del departamento del Litoral Zapata: "*He fregado a los gringos*, decretando la reivindicación de las salitreras... Espero que Chile no intervendrá en este asunto... pero si nos declaran la guerra, podemos contar con el apoyo del Perú, a quien exigiremos el cumplimiento del tratado secreto" (5). Así fuimos arrastrados al conflicto y las nacionalizadas salitreras de Tarapacá no escaparon a los intereses extranjeros. El editorial de *The Times* del 30 de

mayo expresó: "En cuanto a las razones de la guerra, no hace mucho que dijimos que estaban de parte de Chile. La querrela es mercantil; y, mientras Chile lucha por la libertad de comercio, el Perú ha tomado el partido de la restricción y el monopolio". He aquí un testimonio elocuente: la guerra de 1879 empezó como un enfrentamiento entre la libre empresa y la estatización.

De análoga manera, se constata en *Historia de la República del Perú* el crecimiento de nuestra dependencia ante el capital extranjero desde fines del siglo XIX y nuestro pleno ingreso a la condición de "proletariado externo" de él. Allí están las referencias al contrato Grace; al litigio con la International Petroleum Company desde sus comienzos hasta el desdichado "laudo"; a la concesión del puerto de Malabrigo en favor de la casa Gildemeister por el primer gobierno de Benavides (v. XII, pp. 337-339); a las denuncias de Joaquín Capelo contra la Cerro de Pasco Corporation; a la cuestión de los humos de La Oroya; a los empréstitos del final gobierno de Leguía; a la decisiva presión norteamericana para la aprobación de los inconvenientes tratados con Colombia y con Chile; etc.

El relato no es sino uno de los géneros históricos, uno entre otros. Le interesan las acciones y los sucesos. Cabe estudiar, también, el contexto de las sociedades mismas. Puede, además, examinarse lo que cabría llamar las *obras* en el mundo de la cultura, la ciencia o la educación. Esto lo ha intentado, también, de modo escueto y con naturales deficiencias, la *Historia de la República del Perú* en sus dos últimas ediciones. Aquí ya no se trata, obviamente, de historia narrativa. A donde sí ella no ha podido llegar, por deficiencias insalvables, es al análisis de las mentalidades, de las creencias, de las costumbres.

Los que pretenden superar el narrativismo histórico ¿qué quieren, en suma? Enriquecer nuestras certezas sobre el pasado con el incremento en el número de las interrogaciones hechas a las fuentes. Analizar, comprender o explicar y no simplemente narrar, describir o constatar. Buscar las infraestructuras y las estructuras, los modelos que permitan interpretar los fenómenos his-

tóricos en sus causas próximas y en sus orígenes lejanos, en sus características y en sus efectos. Ir a lo que alguna vez se llamó la historia genética. Aludiré apenas a unos cuantos casos de este tipo incluidos en las páginas de las obras que estoy defendiendo: las pruebas incontrovertibles acerca de la falacia de la tesis de Henri Favre sobre la dislocación del territorio y sobre la creación de archipiélagos regionales autónomos durante los años que siguieron a la Independencia (*Introducción a las bases documentales...*, v. I, pp. 193-201); las probabilidades objetivas y subjetivas de la Confederación Perú-Boliviana; la composición interna del país al empezar la República, después del experimento Confederal y en épocas posteriores; la trayectoria del régimen de las consignaciones del guano y los funestos resultados de ellas; los dos militarismos de nuestro siglo XIX; la fisonomía de la consolidación de la deuda interna entre 1851 y 1853, inicial puerta abierta a la plutocracia; las notas diferenciales de los alzamientos populares, del pueblo no dormido, en 1834, 1854, 1865 y 1895, todos ellos clasificados así por González Prada, menos el del 95; el proceso del sucio billete fiscal; los orígenes de la guerra de 1879-83 y los múltiples factores que la caracterizaron; el diagnóstico del "país yacente" en 1883; el significado del partido civil en sus diversas fases y, en especial, la de su apogeo entre 1895 y 1919; el aporte histórico del leguismo; los nuevos enfoques en las luchas político-sociales a partir de 1931; los cuatro capítulos finales de *Historia de la República del Perú* agrupados bajo el título común de "Los resultados de la experiencia histórica peruana y las perspectivas abiertas en el siglo XX" ("La población"; "El dinero y la propiedad"; "La tierra, las industrias, el nivel de vida, la productividad y el desarrollo"; "La estructura social"). Independientemente de este último capítulo que ocupa toda la parte final de *Historia de la República* (6- edición), hay un análisis del surgimiento, el desarrollo y la evolución de la plutocracia anterior a la guerra con Chile en los capítulos XIII y XIV y XVII y XVIII del volumen I de *Introducción a las bases documentales...*; e, igualmente, en torno a la neo-plutocracia emergente des-

pués de dicha contienda en los capítulos XX y XXI en el volumen II de la misma obra.

Naturalmente, que apenas se trata de planteamientos esenciales. Toda mi obra, repito, no es sino un conjunto de aperturas y de siembras. Diversas presentaciones de los fenómenos y de los procesos históricos no sólo son posibles sino inevitables y hasta deseables. Lo que importa es que cada una de ellas esclarezca, leal y comprensivamente, sin adulación ni odio, distintas facetas del pasado.

Existe un inmenso territorio de nuestra historia, y de la historia en general, por descubrir y por explotar. La revolución tecnológica de los tiempos actuales abre increíbles horizontes para el trabajo en los archivos hacendarios, administrativos, eclesiásticos, hospitalarios, militares, electorales, judiciales, médicos, académicos, notariales, institucionales, bibliográficos, de la propiedad, de empresas agrícolas, comerciales o industriales, etc. Los nuevos métodos no sólo pueden aportar vastos conocimientos sobre el "tiempo largo" en la demografía histórica —características en la marcha de los nacimientos, matrimonios y muertes— sino también en torno a precios, salarios, costo y nivel de vida, subsistencias, producción, habitación, intercambios y otras materias. Más allá del campo económico, la historia cuantitativa contamina otras regiones del saber y puede ofrecer luces sobre las estructuras de la sociedad, las costumbres, las creencias, las supersticiones, las mentalidades. Puede ser que en un día no lejano, cuando los historiadores tengan sus bases conceptuales sólidamente verificadas, haya cabida para análisis estadísticos en algunas de las disciplinas hoy típicamente cualitativas, mediante el estudio de las frecuencias en las repeticiones sistemáticas o el de los porcentajes de casos. Actualmente, en Estados Unidos, toda Universidad siquiera de mediana importancia tiene en funcionamiento un centro informático: y los jóvenes próximos a graduarse o ya graduados se habitan a utilizar como instrumento normal el computador electrónico para sus artículos, sus trabajos de investigación, sus tesis de Ph. D. ¿Qué Universidad peruana emplea sistemáticamente el computador para el

avance en el ámbito histórico? A partir de 1980, ha dicho un gran maestro de la hora actual, el historiador del porvenir en materias económicas no será nada o será un programador, es decir, un experto en el manejo de los datos que necesita utilizar entre los registrados en la memoria electrónica del computador; y, a la larga, no existirá acaso historia científica que no tenga la aptitud para formular sus hallazgos específicamente (6).

Quiero expresar ahora mi desacuerdo con la tesis de Pacheco sobre la revolución de Túpac Amaru. Desde mi trabajo sobre la multitud, la ciudad y el campo vengo repitiendo que éste fue, en sus bases, un alzamiento rural y aldeano. Investigaciones posteriores me han convencido de que, a pesar de las muy minuciosas búsquedas hechas por las autoridades coloniales, no apareció prueba alguna de que él hubiese tenido un aliado en la aristocracia limeña (*El azar en la historia y sus límites*, pp. 66-68, 72, 77-81). Esta clase anheló, durante mucho tiempo, a través de sus sectores más cultos, el reformismo, o sea ventajas y provechos para su beneficio en lo alto de la pirámide social en que se fundaba el sistema vigente; a diferencia de la actitud más desligada de las burguesías en las zonas periféricas de Caracas, Buenos Aires o Santiago, por ejemplo. Fueron, en realidad, en el Perú, diferentes movimientos. El indígena, con hondas raíces campesinas, quedó castrado al fracasar Condorcanqui y al aparecer en seguida una feroz represión. En 1814 se produjo en el sur una revolución de clases medias y populares con el apoyo de aborígenes, mestizos y criollos. Pienso, ahora sí en línea con Pacheco, que los jefes de ella trataron ansiosamente de vincularse con la minoría separatista, entonces pequeña, ya emergente en Lima, treinta y tres años después de la inmolación de Túpac Amaru. El mismo ha encontrado pruebas irrefutables de esa actitud por medio de una brillante investigación. Lo cierto es que dicho entronque no se produjo. Más tarde, cuando se vio que España no podía acudir en defensa de sus colonias y que la marea revolucionaria de los extremos norte y sur de esta América avanzaba incontenible, la nobleza limeña se

convirtió gradualmente en personera del independentismo, de tipo netamente urbano. Pero diversos motivos (entre ellos el temor a una rebelión de esclavos en la zona de Lima, similar a la que, con caracteres tan horrendos, surgió años antes en Santo Domingo) llevaron a una prudente espera de la expedición de San Martín; y luego acompañó con entusiasmo al utópico empeño de este general para implantar la monarquía.

El desasosiego íntimo que caracteriza a la nota aquí rectificada tiene una raíz conceptual. Pacheco es un entusiasta admirador de la llamada generación de 1900. Quienes hicimos nuestros primeros trabajos intelectuales en la década de los 920 correspondemos a otro momento histórico. No nos fue posible evadirnos de los efectos causados por las Revoluciones Mexicana y Rusa; de la insurgencia mesocrática que significó el Oncenio leguista con el desplazamiento político —político y no social ni económico— de la aristocracia plutocrática; ni de la gran depresión capitalista iniciada en 1929. No somos, pues, simples epígonos de los de 1900. Algunos de mis contemporáneos o semi-contemporáneos gozaron al criticar a estos. No pertencí a dicho grupo. Rendí homenaje a aquellas grandes figuras en lo que me pareció justo sin cerrar los ojos ante sus limitaciones inevitables; también nosotros las tenemos ante quienes vienen después.

En lo que atañe a Francisco García Calderón, me empeñé en exhumar (bien lo recuerda Pacheco) gran parte de su obra; y señalé cómo, dentro de lo que estuvo a su alcance, intentó acercarse a los nuevos tiempos según lo prueba su libro *La herencia de Lenin*. Lo que opino sobre Riva-Agüero está en un artículo de la revista *Historia* en 1944 y en las conversaciones con Macera. Pacheco quiere, evidentemente, contrarrestar una afirmación mía en torno a la ausencia de un mayor énfasis en la tragedia indígena en los clásicos *Paisajes peruanos* mediante citas dispersas de esa obra (*Apuntes*, 3, pp. 173 y 174). Pero yo no he aludido a frases impresionistas por elocuentes que fueran (y ellas lo son, sin duda, pues emanan de uno de los mejores prosadores de nuestro siglo XX), sino a la falta de una concepción orgánica sobre el problema de la tenencia de la tierra en la región andina, su significado y sus efectos.

Termino con la reiteración de mi agradecimiento a César Pacheco Vélez. Me atrevo a esperar que él no considerará irreverente este pequeño ejercicio de esgrima intelectual. Sé que es muy capaz y espero que sea generoso. Y vale la pena que, en días como los actuales, en el Perú, demos alguna muestra de que somos capaces de vivir en sana convivencia y en honesta discrepancia.

(1) Raymond Aron, "Comment l'historien écnt l'épistemologie", en: **Amiales**, París, noviembre-diciembre de 1971, p. 1350.

(2) Jacques Julliard, "La politique", en: **Faire de l'histoire**, obra colectiva bajo la dirección de Jacques Le Goff y Pierre Nova, II, **Nouvelles approches**, París, NRF, Gallimard, 1974, pp. 231, 233, 243.

(3) Pierre Nova, "Le retour de l'événement", en: **Faire de l'histoire**, cit. I, **Nouveaux problèmes**, pp. 210-229.

"El estrato extremo de los acontecimientos (ha escrito Theodor Schieder) no ha de entenderse nunca aislado de su subfondo histórico: es decir, de las transformaciones en la constitución social, el pensar, las instituciones. Los acontecimientos

tienen sus raíces en este profundo fondo de la tierra que es el fondo de la historia; y también podríamos decir: a partir de allí estamos en condiciones de "aclararlos". Sólo que la ordenación de una serie según una causa sigue siendo en la historia, a consecuencia de su inmensa complejidad, casi siempre extraordinariamente difícil". (Theodor Schieder, **La Historia como ciencia**, Buenos Aires, "Sur", Estudios Alemanes, 1970, pp. 43 y 44).

(4) Jacques Julliard, citado en la nota (2), p. 240. Muy interesantes, sobre el mismo tema, la contribución de Benjamín I. Schwartz, "A Brief Defense of Political and Intellectual History... with Particular Reference to Non-Western Cultures" y la de Jacques Le Goff, titulada "Is Politics Still the Backbone of History?", en el número de la revista

Daedalus, órgano de la Academia Norteamericana de Artes y de Ciencias, correspondiente al invierno de 1971, bajo el título global "Historical Studies Today", pp. 98-112 y 1-19 respectivamente.

(5) En otro párrafo, Daza afirma: "Como lo dejo dicho, los gringos están completamente fregados y los chilenos tienen que morder y reclamar, nada más". Esta carta ha sido muy divulgada por los historiadores y otros publicistas defensores de Chile. Aquí se utilizó el texto que aparece en la obra de Pascual Ahumada Moreno **Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia**, Valparaíso, Imprenta del Progreso, 1884, v. I, pp. 93-94.

(6) En relación con todo este párrafo, véase: "L'historien et l'ordinateur", en el libro de Emmanuel Le Roy Ladurie **Le territoire de l'historien**, París, NRF, Gallimard, 1973, pp. 12-14. La 98ª Asamblea de la Asociación Norteamericana de Historiadores tuvo lugar en Chicago entre el 28 y el 30 de

diciembre de 1974. En ella hubo reuniones y debates especiales acerca de los siguientes tópicos: el libro de Robert William Fogel y Stanley L. Engerman **Time on the Cross (El tiempo en la cruz)**, la obra historiográfica que más vivas polémicas ha suscitado en ese año ya que, basada en investigaciones económicas, estadísticas y de matemáticas aplicadas que computadores de gran potencia canalizaron, ofrece muy hondas discrepancias con la imagen comúnmente aceptada sobre la esclavitud en Estados Unidos; las nuevas técnicas para la enseñanza de la Historia en escuelas, "colleges" y Universidades; los avances del método cuantitativo en el estudio de la historia económica de África; los trabajos también cuantitativos acerca del comportamiento del electorado estadounidense en ocasiones específicas diseminadas entre 1898 y 1928; la utilización sistemática de los computadores en las cátedras de Historia con alumnos pertenecientes a los "colleges", es decir, los egresados de los planteles de Secundaria aún no inscritos en las Universidades.